

LA CRÓNICA

Pujolismo

ARCADI ESPADA

Cuando alguien, muchos años después, quiera saber algún día qué fue el pujolismo deberá acudir al discurso que el presidente de la Generalitat dictó ayer en amable plática, acodado en el estrado del Parlament como en una mesa camilla. Una pieza de museo, entendiéndolo que en los museos no caben sólo las obras maestras, sino aquellas que de una forma u otra, más allá de su valor intrínseco, dan representación y sentido a la comunidad donde se exhiben. Otoño. Lluve. *Venegas de TV-3*. Afuera hierve un mundo implacable. Un mundo en crisis, que vuelve página. Ese es el mejor paisaje moral para Pujol. En los años del optimismo, cuando utilizaba la imagen del *sidral* para describir el crecimiento español, su gesto era una presencia hosca, ceñuda, casi antipática. Hoy, desde la legitimidad de aquella advertencia, el Pujol que exige *trempe* moral y describe el apocalipsis sólo momentos antes de resbalar hacia los íntimos campos de la esperanza —“si no perdemos la fe”— consuela y da confianza. Pujol administra mejor la desazón que la opulencia. Le va el otoño.

El pujolismo reina, pero no gobierna. Ahora también en España. Eso proporciona enormes ventajas. Ayer, en la Cámara, vino a explicarles a los diputados que si las cosas salen bien será mérito del Gobierno de la Generalitat; si salen mal será culpa del Gobierno español. Ese mecanismo ha funcionado maravillosamente en Cataluña. Y está a punto de aplicarlo en España. El cómo este hombre ha logrado eludir, durante 13 años, cualquier sombra de responsabilidad en las desdichas políticas y sociales de Cataluña es un misterio inextricable. Ahora el resto de España va a experimentar también esa intensa sensación de desconcierto analítico.

Pujolismo: *small is beautiful*. Decía el presidente: “A veces voy por el mundo, hablo y la gente pregunta... ¿quién es ese hombre que lo hace tan bien? El presidente de Cataluña... ¿Y qué es Cataluña? Y entonces hay que explicárselo a las gentes. Por eso tenemos la obligación de hacerlo mejor que los otros. Porque somos pequeños”. La pequeñez conmueve. Los diputados lo escuchaban: conmovidos. Desde esa estatura, además, cualquier amenaza resalta, espejea, da lustre a la ironía. “Y a partir de ahora les diremos a esa gente de Madrid que dice que tenemos tanto *seni* que vamos a negociar sin *seni*”.

Fue su día. Uno de sus grandes días. Crecido, pero sin perder la compostura. De la política ya hablará en otro momento. El pujolismo, ese volumen sentimental, nada tiene que ver con la política. Al final, a punto de abandonar la mesa camilla, redactó las réplicas que deberán dirigirlas sus adversarios: *Facim cas, vostès demà no diguin que ho he fet malament, sinó que tractin de fer-ho millor que jo*. El pujolismo es un impudor.